

ANAINAS de Joaquín García de Dios

MARIA MENENDEZ-PONTE CRUZAT

Estas doce nanas vienen a revivir un género poético bastante olvidado. Poesía y música se unen en perfecta armonía para entrar en el mundo mágico del niño a través de las voces de la madre o del padre. Es el primer lenguaje poético-musical del bebé que le permitirá una comunicación íntima y única con sus padres. Las canciones de cuna de J. García de Dios son fundamentalmente una expresión de sentimientos, una emoción cantada. El lenguaje es sencillo, ingenuo, espontáneo, con una construcción sintáctica lineal: oraciones simples, yuxtapuestas o coordinadas; si aparece la subordinación, lo hace en condicional («El río que nace», «María del Mar», «Enrique») como las primeras que el niño utiliza cuando empieza a construir sus primeras frases «si soy bueno...», «si me das un caramelo...»

1. Comunicación directa

Aquí el lenguaje está cumpliendo una función emotiva, de comunicación directa; los verbos están en presente: el niño los asocia con la acción que se está realizando (mecer, acariciar, dormir). Hay un «yo» que se dirige bien a un «tú» como en «Sabela, Sabela, / es tu nombre y es mi estrella /», «Quédate conmigo, quédate Jesús» (cercanía), bien a un tercero que es el propio niño «Si Enrique se calla /». Esta última es una forma de dirigirse a los niños pequeños muy usual en el habla infantil. A veces esa íntima comunicación se interrumpe, entrando en juego la función conminativa-expresiva con el uso del imperativo «¡Callaos! Jorge se duerme /», «Se duerme Jacobo, ¿no hagáis ruido! /»; la madre o el padre ponen al niño en contacto con el exterior (sociabilización); el mundo de fuera le llega a través de sus padres.

2. Frases breves

Las frases musicales son muy breves, de dos e incluso una sola palabra como en la nana de Rafael, «Cantar / ...Callar / Mecer /». De este modo el niño no se pierde en largos versos sin sentido. Los estribillos repiten las mismas palabras una y otra vez; entre ellas el propio nombre del niño. Este es capaz de responder a su nombre ya a la semana de nacer y, al oírlo en una canción de labios de sus padres, se sentirá protagonista y bien acogido, es su canción. El mundo del bebé es egocéntrico, por eso la nana le interesa; va dirigida a él y habla de lo que él hace. Además, le transmite físicamente una corriente de sentimientos de amor «Con el roce de mis besos / yo te quiero acariciar / con ternura de mis dedos / yo te quiero

acariciar». Al principio será la musicalidad de los versos unidos a la suavidad de la voz lo que le hace percibir la ternura; y, poco a poco, por la repetición continuada y la asociación de palabras / acciones, el niño captará el mensaje en su totalidad.

3. Lenguaje infantil

Para que se dé esta comunicación es preciso que haya un acercamiento al lenguaje infantil. Este acercamiento, como hemos ido viendo, está en la sencillez de la construcción sintáctica, en la repetición de palabras, en el vocabulario limitado, en la importancia de la acción (a veces hasta dos verbos en versos de seis sílabas) y de las exclamaciones, más que en el empleo de diminutivos; si hay algunos salpicados (ojitos, calladito, poquito, princesita, manitas), pero su uso no es excesivo: es un toque cariñoso, y no una infravaloración del niño en relación a su tamaño. A veces se cae en este error, y de ello resulta un empobrecimiento de la lengua. En estas nanas se conserva el equilibrio de la repetición/introducción de palabras nuevas tan necesario en la adquisición del lenguaje. Algunas incluso recogen las vocalizaciones del propio bebé (María del Mar, Jorge, Sabela, Jesús). Los niños canturrean antes de hablar, exploran los sonidos, primero vocálicos «ea, ea, ea», luego consonánticos. Más tarde serán capaces de reproducir onomatopeyas: sonidos de animales, el reloj o las campanas, como las de la nana de Verónica «Tilín-tilín, tilín-talán».

4. El ritmo

Además de un lenguaje sencillo y próximo al niño en las nanas de J. García de



Dios está presente un elemento fundamental, el ritmo. El bebé, desde que es engendrado, está adaptado a unos «bio-ritmos». En el útero, el corazón de su madre; cuando nace, el de su propia respiración y el de la tensión/relajación (lo impredecible y desconocido frente a lo predecible y conocido). Por eso el ritmo es un factor básico en el aprendizaje, como también es la base de la música primitiva; una música nacida para la comunicación, igual que la de las nanas. Y es que existe un paralelismo entre la mente del hombre primitivo y la del niño; no diferencian el entorno de los pensamientos y los hechos; todo forma parte de

El ritmo aquí es total: métrico, lingüístico, cuantitativo, de pensamiento y semántico. En todas ellas hay bien estribillo, o bien estrofas paralelas en las que se repiten dos versos completos y los otros tienen una idéntica construcción sintáctica. La rima es muy marcada, generalmente riman los versos pares en asonante, llevando además el acento en la penúltima sílaba (oxítone). Es un tipo de rima que recuerda a la cadencia de las olas a las que alude «Se ríen, se mecen / las olas

del mar / Se empujan, revuelven / prefieren jugar». Rompen al llegar a la playa en suaves ondulaciones, como en las nanas, al final del verso coincidiendo con la pausa. El ritmo lingüístico va supeditado al musical: dos acentos por verso, coincidiendo el último con la penúltima o última sílaba del verso (ritmo yámbico o trocaico). Es un ritmo parecido al del corazón o al de un péndulo, que viene también expresado por la semántica: «mecer», «latido», «compás», «vaivén», «olas»..., por distintas figuras poéticas: repeticiones, anáforas, concatenaciones, aliteraciones... y por los paralelismos sintácticos.

5. Mecer al niño

Las palabras que se repiten son palabras «clave». Es un estímulo para el bebé: puede asociarlas a la acción (mecer), reconocer partes del cuerpo que su madre acaricia mientras las dice (ojos, boca...), dar una respuesta (sonrisa, sorpresa...) al escuchar su nombre. El ritmo le ayudará a reconocerlas y grabarlas en su memoria. Al niño le gusta la repetición; es una de las formas de aprendizaje que además le proporciona seguridad. Este ritmo de pensamiento se apoya a su vez en un ritmo cuantitativo (igual número de sílabas en cada verso), a cada nota corresponde una sílaba (silábico). Son versos de arte menor, lo cual unido a la escasez de adjetivos y predominio de la acción, hace que el ritmo sea rápido, continuado.

Si este ritmo se une al movimiento de mecer, se estará favoreciendo el desarrollo precoz de la inteligencia kinestésica del bebé. Tanto durante los últimos meses de embarazo como durante los primeros meses de vida es muy importante para el niño el estímulo de los sentidos, aún en fase de crecimiento.

6. Sentido musical

Las nanas ayudan a la formación del sentido musical del oído. Rosalía de Castro, en el prólogo de sus «Cantares Gallegos», se refiere a ello: «guiada por aquellas palabras cariñosas y aquellos gritos nunca olvidados, que tan dulcemente resonaron en mis oídos desde la cuna y que fueron recogidos por mi corazón como herencia propia, atrevíme a escribir estos cantares». Así es, las aliteraciones frecuentes penetran en el sensible oído del niño; especialmente el ronroneo del sonido «r» que aparece en casi todas, además de cierta musicalidad, posee efectos sedantes para el bebé. En las gallegas, el

sonido «x» en combinación con el silábico «s» originan un suave susurro. Muchas palabras encierra música en sí mismas, por su significado: «canción», «llanto», «risas», «brisa», «jilguero», «trinos», «viento», «rumor», «arrullar», «campana»... Esta musicalidad de los propios versos contribuye a suavizar el ritmo. Parecen contagiados de los sentimientos de ternura que envuelven.

7. Sentimientos positivos

Los sentimientos junto con el sueño y la naturaleza son los tres campos semánticos de estas nanas. La nana es una canción para dormir al niño. Por eso los sentimientos que le acompañan son de cariño. En ese momento que el niño inicia en solitario su sueño: «Mientras duerme se me va», necesita sentir la cercanía de su madre, saber que le quiere y que siempre va a estar ahí: «Y nacen nuevos mimos / y ensayo nuevos besos: / si vuelves de tu sueño / estoy de nuevo aquí»; necesita protección, percibir el mundo exterior a través de ella: así nada le hará daño: «Dejo pasar a la brisa / si te acaricia / si te acaricia / Dejo llorar a la luna / si con su llanto / mece tu cuna». También será su madre la que en los primeros años de vida le enseñará a vivir: «Meciendo el llanto / se aprende a cantar / Meciendo el canto / se aprende a soñar / ...». Será ella quien haga callar al río, al viento, a todo el mundo, para que su hijo pueda dormir tranquilo. El bebé sabe que en su regazo está su «nido» (Que duerma el agua del río) y se siente seguro. Esta corriente de sentimientos positivos prepara el ambiente de paz y calma que el niño necesita para dormir.

8. La naturaleza

La naturaleza está presente en muchas de las nanas. J. García de Dios la elige para que la madre ponga en contacto al niño con el mundo exterior. Esta proporciona sonidos y belleza. En algunas se convierte en metáfora sinestésica que las hace parecer un cuadro, por sus rasgos impresionistas, pictóricos, como ocurre en la de Aitor: empieza el ciclo del día con la mañana llena de colorido y termina con la ternura de la noche; en otras servirá para establecer un paralelismo de conductas (Enrique) o simplemente epítetos metafóricos (rosa temprana, rojo clavel). La naturaleza da pie al niño para dejar volar su imaginación, para despertarle su fantasía. Las olas del mar que mecen o el río que fluye aparecen con frecuencia.

El agua es un elemento importante para el niño: durante nueve meses se ha mecido en el líquido amniótico; y será el agua la que le proporcione uno de los momentos más agradables del día: la hora del baño.

9. Cadencia de olas

Las nanas de J. García de Dios contienen elementos que las asemejan a las nanas populares, a otras eruditas y entre sí: el ritmo, la cadencia, la sencillez... Sin embargo hay unas diferencias que hacen que cada nana sea original y única. Alberti dice, refiriéndose a las populares, que tienen el cabeceo aburrido de las barcas. Las de Joaquín, como dijimos antes, tienen la cadencia de las olas. Pero, como ocurre con ellas, aunque todas rompan en la playa, ninguna es igual a otra. En todas hay pequeños detalles que hacen que el ritmo se rompa de manera imperceptible conservando todo su valor poético. Bajo la aparente sencillez hay una gran riqueza de expresión y temas: desde la de Jacobo donde, a través de una monotonía de expresión (concatenaciones, repeticiones...), nos hace llegar un mensaje distinto en cada estrofa, hasta la más variada tanto en su expresión (abundancia de figuras estilísticas) como en su contenido, que es la de Verónica. En ella, las estrofas tan dispares entre sí y el cambio total de ritmo, que abre paso a unos versos de gran lirismo, quedan armonizados por el alegre estruendo de campanas.

10. Autoestima

Otras diferencias son: la individualización (el nombre del niño); la conjunción de texto y música, ambos en un mismo plano de importancia (armonía); la musicalidad (la nana es el primer contacto del niño con la música); y, sobre todo, los tópicos. La nana popular utiliza a menudo el miedo o la amenaza para el niño que no se quiere dormir (el coco), o, como ocurre con las «Nanas de la Cebolla», de Miguel Hernández, son unas nanas trágicas para el deshogo de sentimientos. En éstas, por el contrario, los sentimientos positivos y de amor las hacen aptas para una buena comunicación padre-hijo y para ayudar al niño a crecer en un ambiente de paz. Los bebés están muy necesitados de apoyo emocional. Y el poder expresivo de las nanas unido a la interacción ayudará a la estimulación del desarrollo físico, intelectual y social del niño, así como a la adquisición de una sana y positiva autoestima.